

Anclados en el pasado

Gardel tenía razón. El tiempo pasa deprisa. Una década discurre en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, durante uno de esos *parpadeos*, cambian muchas cosas. Miremos a nuestro alrededor y volvamos la vista atrás, a aquella España que hace ya más de veinte años empezaba a saborear la libertad, a vivir en color tras los blanquinegros años de la dictadura franquista. Por fortuna, aquel país, que trastabillaba en sus primeros pasos democráticos después de casi cuarenta años de tiranía, camina ahora con paso firme, aunque haya sufrido tropezones y hasta caídas durante un proceso de aprendizaje que continúa. Y, con él, han evolucionado sus habitantes. Pero no todos. Para algunos, las agujas del reloj se detuvieron en la segunda mitad de los años 70.

Es el caso de los cultivadores de lo paranormal. Da igual que sean jóvenes o veteranos. Periódicamente, sacan del baúl de los recuerdos enigmas que ya hace dos décadas eran viejos, los desempolvan e intentan seducir a la juventud del momento con las mismas mentiras con las que sus antecesores engatusaron a sus padres. Quienes tenemos memoria histórica sabemos que la rueda del misterio gira, gira, gira... y los enigmas se repiten. Como apunta Julio Arrieta en su interesante reflexión de este número de EL ESCÉPTICO, lo increíble no es que se hable de los templarios, las caras de Bélmez, la Atlántida, los fantasmas o el triángulo de las Bermudas, sino que se diga lo mismo que hace veinte años, que no se aporte nada nuevo y que se ignoren las sólidas críticas que han desmontado los presuntos misterios.

Ahora, por ejemplo, se habla de *psicoimágenes* donde antes se hablaba de *psicofonías*. Un cambio menor que no invalida las críticas hechas a la verosimilitud de las últimas, que son, por otra parte, extensibles a las primeras. El mito se moderniza, pero no por ello deja de ser mito. Tomemos los ovnis. La creencia en esos objetos que surcan los cielos no ha cambiado en esencia desde hace dos décadas, aunque ahora los ufólogos hablen de grises, conspiraciones gubernamentales y otros cuentos inventados para vender más revistas. Es más, la creencia no ha evolucionado en el medio siglo de vida que tiene. Lean el artículo de James Oberg sobre el asunto y, cuando lleguen al final, comprobarán que veinte años no es nada. Es más, seguro que, dentro de veinte años, el texto de Oberg sigue siendo casi totalmente válido, a no ser que a la ufología le ocurra lo que a la creencia en las hadas, que evolucionó para convertirse en la creencia en visitas alienígenas.

Por desgracia, no son los seguidores de lo esotérico los únicos que se han quedado anclados en el pasado. A otro nivel, están quienes nunca han sabido entender lo que significa vivir en democracia y castigan violentamente desde hace déca-

das a la sociedad española por no rendirse a sus designios. Son los herederos ideológicos del viejo general, que, al igual que él, ponen a *su democracia* adjetivo –antes era *orgánica*, ahora es *vasca*, pero nunca democracia– e *instrumentalizan* los derechos humanos de acuerdo con sus intereses: reclaman todo tipo de derechos para sus correligionarios en prisión y al mismo tiempo animan a pistoleros a que siguen las vidas de quienes no piensan como ellos. ¿Cabe mayor perversión? Seguramente, no.

Quienes asesinan, quienes les respaldan con sus votos y quienes atacan a bienes y personas por disentir son la plasmación humana del fracaso del sistema educativo a la hora de formar ciudadanos capaces de pensar crítica y racionalmente. Podrá decirse que los que llevan a la práctica esas perversas acciones son cuatro, pero los votantes de la formación po-

lítica que considera “héroes”, “compañeros” y “patriotas” a los criminales son un sector significativo de la sociedad vasca. Y, entre ellos, hay numerosos jóvenes

que han pasado recientemente por la escuela, el instituto y hasta la universidad, y han caído, sin embargo, en las garras del fanatismo. ¿Qué ética se está inculcando a las nuevas generaciones para que haya tantos jóvenes que consideren normal responder a los argumentos del otro con el tiro en la nuca, el coche bomba o el vandalismo?

Esta situación, que nos convierte en una triste curiosidad en el mundo desarrollado, reclama desde hace tiempo una profunda reflexión de aquéllos con responsabilidades en un sistema educativo que debería empezar por ahondar en lo que nos hace humanos, en los valores universales contenidos en textos como el *Manifiesto humanista 2000*. Son principios que en nuestro país a muchos les están costando la vida, a otros –como nuestro querido compañero Raúl Guerra Garrido– ver truncados proyectos personales o tener que vivir con el miedo pegado a los talones, pero a los que no puede ni debe renunciar ningún hombre de bien, ningún ser humano digno de ser considerado como tal

■ Para algunos, las agujas del reloj se detuvieron en la España en la segunda mitad de los años 70